

Documentos de

Josep Jiménez Montejo

La indignación de Jesús

Acción
Católica
Obrera

24



Josep Jiménez Montejo

*La indignación
de Jesús*



Documentos de ACO núm. 24
Primera edición: 2014



Tapioles, 10, 2na. planta 08004 Barcelona
c/e: acocatalunya@gmail.com
<http://www.treballadors.org/aco>
Imprimeix: Multitext, S.L.



SUMARIO

Presentación	5
Libros de la Biblia citados	9
1. Introducción	11
1.1. La ira de Dios, ¿castigo o amor?.....	11
1.2. Y nosotros, ¿tenemos derecho a la ira?.....	13
2. La ira de Dios en el Antiguo Testamento	15
2.1. La ira en el Antiguo Testamento.....	17
2.2. Qué es la ira de Dios.....	18
2.3. Las causas de la ira.....	21
2.4. Contra quién se dirige la ira de Dios.....	22
2.5. Los instrumentos de la ira de Dios.....	22
2.6. También Israel es instrumento de la ira de Dios.....	24
2.7. La ira de Dios no dura para siempre.....	24
2.8. La ira de Dios salva a Israel.....	28
2.9. Librarse de la ira de Dios.....	28
3. La indignación de Jesús	30
3.1. El rechazo del amor de Dios.....	31
3.2. Marcos, el pintor fiel de Jesús.....	33
3.2.1. Jesús, mirándoles con ira... Mc 3,1-6.....	34
3.2.2. Dejad que los niños vengan a mí... Mc 10,13-16.....	38

3.2.3. Mi casa será llamada "casa de oración"	
Mc 11,15-19.....	43
3.3. Conclusión.....	50



PRESENTACIÓN

Muchas cosas en la vida nos provocan indignación. Las principales son, seguramente, las injusticias, y más aún, el abuso sobre los más débiles y pobres, sea en el nivel que sea: social, político, laboral, personal... No hace mucho vimos nuestras plazas llenas de gente indignada por diferentes motivos, algunos de los cuales eran compartidos por mucha gente, estuvieran o no allí. Lo cierto es que la indignación es sentida por muchas personas aunque no la manifiesten exteriormente. Y es que la situación actual ha sido provocada por una crisis económica que parece haber sido diseñada contra los pobres y ha provocado tanto paro que ha llevado a muchas familias a una situación cercana a la indigencia. Y sentimos vergüenza. Sí, también nosotros estamos indignados y avergonzados al ver la corrupción que permanece impune; al ver las estafas; al ver los desahucios promovidos a menudo por una banca que ha recibido tanto dinero público; al ver que a pesar de la dignidad de la política, los partidos políticos no siempre actúan pensando en el pueblo al que tienen que servir. Sí, estamos indignados porque, además, no todo lo que es legal es legítimo ni justo, y porque las víctimas de este hecho son siempre los más pobres.

Pero eso no debería sorprendernos tanto, ya que Jesús nos advirtió, y además nos indicó un camino de salida:

Sabéis que los jefes de las naciones las gobiernan como señores absolutos, y los grandes las oprimen con su poder (Mt 20,25).

Sabéis que los que son tenidos como jefes de las naciones, las gobiernan como señores absolutos y los grandes las oprimen con su poder (Mc 10,42).

Los reyes de las naciones gobiernan como señores absolutos, y los que ejercen la autoridad sobre ellos se hacen llamar bienhechores (Lc 22,25).

Y, en palabras de Mateo, concluye:

Pero no ha de ser así entre vosotros, sino que el que quiera llegar a ser grande entre vosotros, será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros, será esclavo vuestro; de la misma manera que el Hijo del hombre o ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos (Mt 20,26-28).

Marcos se expresa en palabras casi iguales, y Lucas en palabras muy parecidas. La salida, la respuesta es, por lo tanto, el servicio. Sí, y han sido el servicio y la solidaridad, tanto familiar como social, los que han permitido, y todavía están permitiendo a muchas personas, trampear una situación que, por desgracia, todavía no remite.

Sí, estamos indignados y avergonzados al ver los abusos sexuales que sufren los pequeños, o los pecados de la Iglesia que a menudo escandalizan a los sencillos, o la violencia contra los más débiles, “las” más débiles, en el ámbito familiar. Indignados al ver la impunidad en la obtención de prebendas por parte de los que retienen el poder, aunque sea obtenido por la vía de la democracia. Indignados con nosotros mismos porque no siempre hacemos frente a nuestra condición humana a menudo entregada a la corrupción, a la mentira, al abuso. Cuando hace pocos años era habitual que se hablara de la “cultura del pelotazo”, es decir, de la obtención fácil y rápida de dinero en operaciones, especialmente urbanísticas y en el campo de la construcción, recuerdo haber criticado esta forma de ganar dinero. Y a menudo, demasiado a menudo, la respuesta recibida era esta: *Si yo pudiera, haría lo mismo*.

En la Comisión de Formación de ACO más de una vez habíamos comentado estos temas, y especialmente cuando participamos en la organización del Curso de Formación Política junto con el CEP

(Centre d'Estudis Pastoral de les Diòcesis Catalanes), que tuvo lugar en marzo de 2012. De ahí la propuesta de que el cuaderno que ACO suele dar a los militantes en la Jornada General del 12 de octubre, tuviera como tema la indignación de Jesús. La elección nos venía facilitada por el hecho de que, dado que estábamos en plena preparación del Consejo de ACO (que se celebró el pasado mes de mayo), no teníamos todavía decidida la prioridad que trabajaríamos este curso 2013-2014, una prioridad que suele estar relacionada con el cuaderno de formación. Felizmente, la prioridad escogida para este curso 2013-2014, *La dignidad de la persona*, y el tema de este trabajo están muy en consonancia, ya que el motivo principal de la indignación de Jesús es la violación de la dignidad, la de Dios y la de las personas. Dignidad e indignación, como es evidente, además de tener la misma raíz están relacionadas porque nos "in-dignamos", o bien somos "in-dignos", cuando la dignidad no es respetada, cuando nuestra dignidad o la de los demás es violentada. Y cuando somos nosotros quienes no respetamos a los demás o no nos respetamos a nosotros mismos, estamos atentando contra nuestra propia dignidad de hijos e hijas de Dios, llamados a ser perfectos (cf. Mt 5,48) y misericordiosos (cf. Lc 6,36) como Él.

Este trabajo no pretende ser un ejercicio de erudición sobre el tema que expone. A pesar de ello, he consultado una bibliografía específica sobre el tema de la indignación y la ira de Dios, tanto en el Antiguo Testamento, como en el Nuevo Testamento. Agradezco al personal de la Biblioteca Pública Episcopal del Seminario de Barcelona la amabilidad con la que me ha facilitado el acceso a las obras consultadas tanto de la propia biblioteca como de otras instituciones académicas. También agradezco a Mercè Solé la tarea de revisión del texto y de su traducción al castellano.

LIBROS DE LA BIBLIA CITADOS

documentos

ANTIGUO TESTAMENTO

Am	Profeta Amós
Dngr	Fragmentos griegos del Libro de Daniel
Dt	Libro del Deuteronomio
Esd	Libro de Esdras
Ex	Libro del Éxodo
Ez	Profeta Ezequiel
Gn	Libro del Génesis
Is	Profeta Isaías
Jb	Libro de Job
Jo	Profeta Jonás
Jr	Profeta Jeremías
Js	Libro de Josué
Lv	Libro del Levítico
Mi	Profeta Miqueas
Ml	Libro de los Números
Os	Profeta Oseas
1Sa	Primer Libro de Samuel
2Sa	Segundo Libro de Samuel
Sl	Libro de los Salmos

NUEVO TESTAMENTO

Ap	Libro del Apocalipsis
Ef	Carta a los Efesios
Fl	Carta a los Filipenses
Sant	Carta de Santiago
Jn	Evangelio de Juan
Lc	Evangelio de Lucas
Mc	Evangelio de Marco
Mt	Evangelio de Mateo
Rm	Carta a los Romanos
1Te	Primera carta a los Tesalonicenses
2Tm	Segunda carta Timoteo

1. INTRODUCCIÓN

Tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo Testamento la actitud de Dios respecto a los pecadores se describe en unos términos prestados por las pasiones humanas de ira o de indignación, aunque pueda parecer una “humanización” de Dios demasiado audaz. A menudo, sin embargo, se ha hecho una distinción diciendo que el Antiguo Testamento ponía énfasis en la ira divina, mientras que el Nuevo Testamento lo ponía en la gracia y en el amor de Dios. Pero el concepto de ira aparece en ambos testamentos.

1.1. LA IRA DE DIOS, ¿CASTIGO O AMOR?

En el Antiguo Testamento en los profetas y en los salmos se habla en términos duros, y además como si Dios se sirviera de los fenómenos naturales (hambre, peste) y de las pasiones y de las ambiciones de los humanos, incluso de los pecadores, para castigar los pecados. La ira de Dios sería el fruto inevitable del pecado. Pero cuando el escritor sagrado habla de gracia, parecería estar pensando en la relación personal entre Dios y su pueblo. En conclusión, la ira es el efecto del pecado humano, mientras que la gracia no es el efecto de la bondad humana, sino que es inherente al carácter de Dios. Con insistencia, el amor es visto, sin duda, como una actitud activa y personal de Dios respecto al hombre, mientras que la ira, muy a menudo, no

lo es. A pesar de todo, la ira divina suele manifestarse en estrecha alianza con el amor divino, y a veces expresa la reacción a un amor que se ha frustrado.

Solamente os elegí a vosotros de todas las familias de la tierra; por eso yo os castigaré por todas vuestras culpas (Am 3,2).

Jesús –lo veremos más adelante– también aparece muchas veces lleno de ira, indignado, en los evangelios, especialmente cuando el hombre es inhumano con el hombre, y cuando los representantes oficiales de la religión tergiversan a Dios. Jesús, por su parte, no atribuye las desgracias naturales al pecado. Podemos verlo en Lucas:

En aquel momento llegaron algunos que le contaron lo de los galileos, cuya sangre había mezclado Pilato con la de sus sacrificios. Les respondió Jesús: ¿Pensáis que esos galileos eran más pecadores que todos los demás galileos, porque han padecido estas cosas? No, os lo aseguro; y si no os convertís, todos pereceréis del mismo modo. O aquellos dieciocho sobre los que se desplomó la torre de Siloé matándolos, ¿pensáis que eran más culpables que los demás hombres que habitaban en Jerusalén? No, os lo aseguro; y si no os convertís, todos pereceréis del mismo modo (Lc 13,1-5).

San Pablo, como no podía ser de otro modo, también toca este tema, pero aquí lo citaremos de paso, ya que el lugar de la ira de Dios en Pablo requeriría un estudio que va más allá del objetivo de este trabajo, y de nuestras posibilidades y conocimientos.

La Escritura mira la ira como un atributo de Dios, un atributo que hay que entender en relación a su amor. La ira no es un atributo permanente de Dios. Mientras que el amor y la santidad forman parte de su naturaleza esencial, su ira se manifiesta como consecuencia del pecado humano, y si no hubiera pecado, no habría ira. Por lo tanto, es la oposición de Dios al pecado del hombre lo que hace que el hombre esté expuesto a su ira. Pero Dios ofrece en Jesucristo el camino de la liberación de la ira. En Jesucristo Dios mismo suaviza las consecuencias destructivas del pecado. De ahí que la Buena Noticia, que es Jesucristo mismo, y que se manifiesta a través de todos los escritos del Nuevo Testamento, crea una división entre los que son liberados de la ira a través de la fe en el amor compasivo de Dios y los que permanecen bajo la ira porque menosprecian esta gracia. San Pablo lo expresa así:

Pero la prueba de que Dios nos ama es que Cristo murió por nosotros cuando todavía éramos pecadores. Y ahora que estamos

justificados por su sangre, con mayor razón seremos librados por él de la ira de Dios (Rm 5,8-9).

Y también, para expresar el rechazo de la gracia, dice:

Todos nosotros también nos comportábamos así en otro tiempo, viviendo conforme a nuestros deseos carnales y satisfaciendo nuestra concupiscencia y nuestras malas inclinaciones, de manera que por nuestra condición estábamos condenados a la ira, igual que los demás (Ef 2,3)..

1.2. Y NOSOTROS, ¿TENEMOS DERECHO A LA IRA?

La ira es un derecho en Dios, pero una injusticia en el hombre. Así, mientras el amor de Dios incluye la ira, en el hombre, amor y cólera se excluyen. Jesucristo más de una vez condena la ira humana con su desordenado deseo de venganza, y avisa de que el enojo, sin causa, es un pecado grave y que es un deber reconciliarse con los hermanos, especialmente antes de ofrecer un sacrificio:

Pero yo os digo: El que se enemiste con su hermano, será llevado a juicio; el que lo insulte será llevado ante el Sanedrín, y el que lo injurie gravemente se hará merecedor del fuego de la gehena. Por tanto, si en el momento de ir a presentar tu ofrenda en el altar, te acuerdas de que tu hermano tiene algo en contra de ti, deja tu ofrenda allí mismo delante del altar y ve primero a reconciliarte con tu hermano. Luego regresa y presenta tu ofrenda (Mt 5,22-24).

En la parábola del hijo pródigo (Lc 15,11-32), el hermano mayor representa lo contrario del padre que perdona, porque su ira se debe a su dureza de corazón y no a la indignación causada por la misericordia. El v. 28 lo expresa claramente: *Él se irritó y no quería entrar*. Y es que la cólera de Dios nace del amor herido, mientras que la cólera del hombre nace del egoísmo irritado. El rey Herodes se indigna porque no puede llevar a término sus planes contra el plan salvador de Dios:

Entonces Herodes, al ver que había sido burlado por los magos, se enfureció terriblemente y envió a matar a todos los niños de Belén y de toda su comarca, de dos años para abajo, según el tiempo que había averiguado de los magos (Mt 2,16).

La ira y la justicia son un atributo de Dios, y no pueden ser “usurpadas” por el hombre. Veamos este versículo de Lucas:

Pues bien, ¿no hará Dios justicia a sus elegidos, que claman a él día y noche? ¿Creéis que los hará esperar? (Lc 18,7).

Y san Pablo insiste en que la ira es cosa de Dios, pero que la tarea del hombre consiste en algo diametralmente opuesto a la ira, como son los criterios que encontramos en Mateo 25, en el pasaje del juicio final, y no en relación al pobre, sino a “tu enemigo”:

Y no os toméis la justicia por vuestra mano, queridos míos; dejad que sea Dios quien castigue, según dice la Escritura: A mí me corresponde castigar; yo daré a cada cual su merecido —dice el Señor—. A ti, en cambio, te dice: Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber. Así harás que su cara le arda de vergüenza. No permitas que te venza el mal, antes bien, vence al mal a fuerza de bien (Rm 12,19-21).

Finalmente, en la carta de Santiago se nos avisa de que la irritación, la ira, no tiene nada que ver con el comportamiento que Dios espera de nosotros, ni con su justicia:

Porque la ira del hombre no obra la justicia de Dios (Sant 1,20).

Para acabar, volvemos a insistir en que no se puede afirmar que el anuncio de la ira divina pertenezca a la Antigua Alianza y que el amor de Dios sea exclusivo del Nuevo Testamento. Ambos proclaman con igual fuerza y convicción el amor y la misericordia de Dios, además de su ira, y el Nuevo Testamento predica la cólera divina junto con la misericordia del Señor. Ahora se puede afirmar que tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo Testamento existe un motivo último de la ira divina: el orgullo humano, que constituye un menosprecio fundamental de Dios y quiere, a cualquier precio, vivir la vida sin Dios. En el Antiguo Testamento el desprecio de este amor ofrece una nueva ocasión a la indignación divina. La ira de Dios no es una reacción psicológica, un calentamiento momentáneo e inesperado, sino una reacción pensada con una intención educativa. En el Nuevo Testamento la ira de Dios nunca se presenta con el color de la pasión psíquica o natural, aunque estalle incomprensiblemente o irracionalmente, aunque dure eternamente, como a menudo pasa en el Antiguo Testamento. En el Nuevo Testamento prevalece el concepto teológico de ira (es porque Dios ama) sobre el psicológico, y esto se presenta junto a la preeminencia dada a la ira como acción (es porque Dios actúa para salvar) y no como reacción psicológica.

2. LA IRA DE DIOS EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

La ira de Dios, en la Biblia, es la expresión de su santidad y de su justicia, no es una irritación incontrolada, sino provocada tanto por el comportamiento de los individuos, como por el pecado del pueblo de la Alianza, que muy a menudo es infiel y transgrede el derecho divino. La ira de Dios también se puede definir como la amenaza divina con el aniquilamiento de la existencia de quien se oponga a su voluntad o a sus propósitos o viole su santidad o su amor, ya que la voluntad de Dios es salvar al hombre. Con frecuencia se alude al disgusto, al malestar de Dios a causa del pecado del hombre y al castigo con que deberá castigarlo:

Dios no contiene su cólera: bajo él quedan postrados los esbirros de Ráhab (Jb 9,13).

Y también:

Todo lo mandado por el Dios del cielo en relación con su Templo, que sea ejecutado sin tardanza para que no descargue su ira contra el reino, el rey y sus hijos (Esd 7,23).

A través del Antiguo Testamento la ira divina es vista como una manifestación de la voluntad de Dios mismo. Esta ira se produce cuando el hombre quiere frustrar la voluntad de Dios y su propósito de salvarlo. También la injusticia social en el seno del pueblo escogido causa su ira:

Escuchad esto, los que aplastáis al pobre y queréis eliminar a la gente humilde del país diciendo... Usaremos medidas trucadas... falsearemos las balanzas. Compraremos al indigente por dinero y al pobre a cambio de un par de sandalias... Yo, el Señor, orgullo de Jacob, juro que nunca olvidaré lo que hacéis... Aquel día haré que el sol se ponga a mediodía y que, a pleno sol, se oscurezca la tierra. Convertiré en duelo vuestras fiestas... con un final preñado de amargura (Am 8,4-10)

Y ni el profeta, ni el sacerdote ni el rey están exentos de responsabilidad en el juicio divino:

¿Acaso piensas que reinas porque compites en cedros? Tu padre comió y bebió, pero actuó con justicia y derecho, por eso le fue tan bien. Hizo justicia a pobres y desvalidos, ¿acaso no es eso conocerme? —oráculo del Señor—. Pero tú no tienes ojos ni corazón si no es para tu propio provecho, para derramar sangre de inocentes, para oprimir y atropellar (Jr 22,15-17).

En san Pablo, y especialmente en la Carta a los Romanos:

Se ha hecho manifiesto que la ira de Dios se abate desde el cielo sobre la impiedad y la injusticia de quienes, actuando inicuaamente, cierran el camino a la verdad (Rm 1,18).

Pero también en el Libro del Apocalipsis aparece también la referencia al “día de la ira” (o día del castigo, de la indignación) y a la “copa de la ira”, especialmente en Ap 16,1:

Id y derramad sobre la tierra las siete copas de la ira de Dios.

Algunos incluso relacionan la copa a la que Jesús hace referencia en la oración del Huerto de los Olivos (Lc 22,42: *Padre, si quieres, aparta de mí este cáliz*, y Jn 18,11 *El cáliz que me ha dado el Padre, ¿no lo he de beber?*). También en el profeta Sofonías y en el profeta Malaquías encontramos referencias parecidas al “día de la ira” o “día del castigo”, o “día del Señor”, y, de forma tal vez menos explícita, en otros lugares del Antiguo Testamento. No he seguido este hilo del tema porque he visto que llevaba mucho más allá de las pretensiones de este trabajo sobre la indignación de Jesús.

2. 1. LA IRA EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

Los biblistas hablan de una gran proximidad entre el término “ira” y el término “nariz”, ya que parece que existe una clara relación etimológica, y en cierto sentido, antropomórfica. Esta relación entre ira, o rabia, o indignación... y nariz, sigue hoy de una forma u otra. A menudo cuando nos irritamos, nos indignamos... decimos que estamos hasta las narices, que fruncimos el ceño... expresando disgusto o irritación. En el libro del Éxodo encontramos la resistencia de Moisés a ser enviado y su rebelde insistencia:

¡Óyeme, Señor!, te ruego que encomiendes a otro esta misión. Entonces se encendió la ira del Señor contra Moisés, y le dijo: ¿No tienes a tu hermano Aarón, el levita? Sé que él habla bien; he aquí que justamente ahora sale a tu encuentro, y al verte se alegrará su corazón (Ex 4,13-14).

A veces la ira del Señor se expresaba en forma de tempestad, como vemos en el salmo 18, haciendo más referencia a la ira y a la respiración de la nariz:

Se conmovieron los cimientos del mundo, retemblaron por su furia. Salió humo de su nariz... Ante su resplandor las nubes se deshicieron en granizo y chispas de fuego. El Señor tronó desde el cielo, el Altísimo alzó su voz... con rayos incontables los dejó aturdidos. Emergieron los lechos de las aguas, se mostraron los cimientos del mundo por tu estruendo, Señor, por el sople de tu ira (Sl 18,8b-9a.13-14a.15b-16).

Normalmente, esta expresión “el resollar de su aliento”, expresa la acción indignada de Dios:

Al sople de tu ira se apiñaron las aguas, se irguieron las olas como un dique, los abismos cuajaron en el corazón del mar (Ex 15,8).

Además de Dios, también se enfurecen sus mensajeros, aunque en su nombre. Se indigna Moisés por la falta de fe de los israelitas:

Pero no obedecieron a Moisés, y algunos guardaron algo para el día siguiente; pero se llenó de gusanos y se pudrió; y Moisés se irritó contra ellos (Ex 16,20).

Se indignan los profetas, y su enojo es signo de la ira de dios, y además sienten una indignación humana profunda contra la injusticia y la inmoralidad:

Entonces Isaías dijo: Oid, pues, casa de David: ¿Os parece poco cansar a los hombres, que cansáis también a mi Dios? (Is 7,13);

Nunca andaba entre la gente amiga de la juerga y del disfrute; me obligabas a andar solo, pues me habías llenado de furor (Jr 15,17).

Injusticia e inmoralidad que el profeta Amós, sintiéndose llamado por Dios a indignarse, expresa de forma bien concreta. La llamada:

No, no hace nada el Señor sin revelar su secreto a sus siervos los profetas (Am 3,7).

La crítica a la violencia y a la rapiña:

No saben obrar con rectitud –oráculo del Señor– los que amontonan violencia y despojo en sus palacios (Am 3,10).

La crítica a las múltiples residencias y al lujo:

Derribaré la mansión de invierno y también la de verano; desaparecerán los palacios de marfil y se desplomarán muchas mansiones, oráculo del Señor (Am 3,15).

Y también, la crítica al maltrato y al abuso sobre los pobres y la gula:

Escuchad esta palabra, vacas de Basán, que estáis en la montaña de Samaria, que oprimís a los débiles, que aplastáis a los pobres, que decís a vuestros maridos: ¡Traed y bebamos! (Am 4,1).

2.2. QUÉ ES LA IRA DE DIOS

La ira de Dios no es una pasión semejante a la ira humana. La ira de Dios es una justa reacción a la transgresión de un mandamiento o a la resistencia a su proyecto histórico. Expresa la aversión de Dios contra todo mal, contra los que rompen la Alianza y tienen cautiva a la verdad. Recordemos –ya lo hemos visto en un texto anterior–, cómo se expresa san Pablo:

Se ha hecho manifiesto que la ira de Dios se abate desde el cielo sobre la impiedad y la injusticia de quienes, actuando inicua y mentemente, cierran el camino a la verdad (Rm 1,18).

Esta ira es manifestación de la santidad de Dios y de la reivindicación de su dominio absoluto:

Pues no eres tú un Dios que se complace en la impiedad, no es huésped tuyo el malo. No, los insensatos no resisten delante de tus

ojos. Detestas a todos los agentes de mal, pierdes a los mentirosos; al hombre sanguinario y fraudulento le abomina el Señor (Sl 5,5-7).

La ira es la reacción contra la “hybris” (el orgullo extremo) del hombre, que se piensa a sí mismo como absoluto, lo que le llevó a la fractura con Dios concretada en el pecado original, que en el fondo consiste en el abandono por parte de la humanidad de la línea evolutiva querida por Dios. Desde entonces, cualquier desgracia, desdicha o calamidad puede ser atribuida a la ira de Dios. Así lo vemos en el capítulo 3 del Génesis, donde los males son presentados como fruto de la fractura con Dios, y también en el profeta Amós:

¿Cae en una ciudad el infortunio sin que el Señor lo haya causado? (Am 3,6).

La ira de Dios es el principio de la justicia reivindicativa de Dios, que con la ira no solo castiga la transgresión o la resistencia, sino que intenta restablecer y mantener el orden establecido entre él y el hombre. El israelita piadoso reza para no ser castigado de acuerdo con esta justicia tan severa, pero incluso al castigar, Dios hará prevalecer su clemencia y su compasión:

Señor, no me corrijas en tu cólera, en tu rigor no me castigues. Vuélvete, Señor, recobra mi alma, sálvame por tu amor... El Señor ha oído la voz de mis sollozos. El Señor ha oído mi súplica, el Señor acoge mi oración (Sl 6,2.5.9b-10).

Veamos también la ternura de esta oración en el profeta Jeremías:

Corrígeme, Señor, pero hazlo con medida, si no tu cólera acabaría conmigo (Jr 10,24).

Así, la ira de Dios, no es la ira por la ira y solo como castigo, sino para volver a amar al hombre. La ira y el amor de Dios no se excluyen, sino que se incluyen. La ira de Dios nace de su amor y de su compasión. Podríamos decir que la ira es un recurso de la Teología de la Alianza: la ira divina como expresión del amor que ha sido rechazado y ofendido. En este sentido, la explicación de la violencia de la predicación de los profetas es que su santo amor herido es el que despierta la ira del Señor. Este amor herido no consiste en otra cosa que en la repetida apostasía de Israel, en el abandono del Señor, Dios, para ir tras otros dioses:

Puede que surja un profeta o un visionario en medio de ti que anuncie una señal o un prodigio, y que te diga: Vayamos tras otros dioses, que tú no conoces, para rendirles culto... no hagas caso de las palabras de ese profeta o de los sueños de ese visionario. Es que el Señor vuestro Dios os estará probando para saber si verdaderamente amáis al Señor vuestro Dios con todo vuestro corazón y con toda vuestra alma. Seguid únicamente al Señor vuestro Dios y respetadlo; cumplid sus mandamientos y obedecedlo. Rendidle culto y manteneos fieles a él. Y ese profeta o visionario deberá morir, porque os ha predicado que os rebeléis contra el Señor vuestro Dios que te sacó de Egipto y te liberó de la esclavitud... Si tu propio hermano, o tu hijo, o tu hija, o la mujer de tu corazón, o tu amigo del alma te insinúa a escondidas dar culto a otros dioses, que ni tú ni tus antepasados conocisteis, como son los dioses de los pueblos que, cercanos o lejanos, os rodean de uno al otro extremo de la tierra, no cedas a sus deseos ni le hagas caso. No te apiades ni tengas compasión de él; no lo encubras (Dt 13,2-9).

Recordemos también la ira ante el becerro de oro:

Entonces habló el Señor a Moisés, y dijo: ¡Anda, baja! Porque tu pueblo, el que sacaste de la tierra de Egipto, ha pecado. Bien pronto se han apartado del camino que Yo les había prescrito. Se han hecho un becerro fundido y se han postrado ante él; le han ofrecido sacrificios y han dicho: Este es tu Dios, Israel, el que te ha sacado de la tierra de Egipto. Y dijo el Señor a Moisés: Ya veo que este pueblo es un pueblo de dura cerviz. Déjame ahora que se encienda mi ira contra ellos y los devore; de ti, en cambio, haré un gran pueblo (Ex 32,7-10).

Y ya que a menudo la fidelidad se expresa en acciones como el culto, la invitación a la pureza del culto es constante, y viene acompañada de amenazas de aniquilación:

Y habéis visto los ídolos abominables que [esas naciones] tienen consigo, ídolos de madera, piedra, plata y oro. ¡Que ninguno de vosotros, hombre o mujer, familia o tribu, aparte hoy su corazón del Señor nuestro Dios para dar culto a los dioses de esas naciones!... el Señor no lo perdonará, sino que su ira y su celo se encenderán contra esa persona, todas las maldiciones escritas en este libro caerán sobre ella, y el Señor hará que nunca más quede memoria de ella. El Señor la apartará de todas las tribus de Israel, para su desgracia, conforme a todas las maldiciones de la alianza

escritas en este libro de la ley... Todas las naciones preguntarán: ¿Por qué el Señor ha tratado así a esta tierra? ¿Por qué se encendió tanto el ardor de su ira?. Y les responderán: Porque este pueblo abandonó la alianza que el Señor, el Dios de sus antepasados, hizo con ellos; él los sacó de Egipto, pero ellos se fueron a rendir culto y a postrarse ante otros dioses que no conocían y que no se los había asignado el Señor. Por eso se encendió la ira del Señor contra esta tierra, e hizo caer sobre ella todas las maldiciones escritas en este libro. El Señor los arrancó de su tierra lleno de ira e indignación y los arrojó a otros países, como hoy podemos ver (Dt 29,16-27).

Para concluir creo que se puede afirmar que en la Biblia la historia se ve sujeta a la providencia divina, y como ya hemos dicho, el objeto de la ira divina es el hombre pecador que se rebela contra su creador. Entre muchos otros textos podemos citar este:

Y viendo el Señor que la maldad del ser humano crecía sin medida y que todos sus pensamientos tendían constantemente al mal, le pesó haber creado al ser humano sobre la tierra. Entonces, con dolor de corazón, dijo: Voy a borrar de la superficie de la tierra al ser humano que he creado, y también a los animales, reptiles y aves del cielo. ¡Cómo me arrepiento de haberlos creado! (Gn 6,5-7).

2.3. CAUSAS DE LA IRA

Aparte de las que ya han ido saliendo, podemos aún citar la conducta del pueblo en el campo social y económico, y su práctica cultural, que son objeto específico de esta ira, a pesar de que el Señor es un Dios “lento a la ira”, como él mismo se revela a Moisés:

El Señor es tardo a la cólera y rico en bondad (Nm 14,18).

Pero Dios desencadena su ira ante la infidelidad y la ingratitud, especialmente, como acabo de decir, cuando los derechos de los débiles son conculcados. Lo vemos de forma clara en el capítulo 22 del Éxodo, donde especialmente en el v. 23 (*se encenderá mi ira y os mataré a espada*) se hace referencia a esta indignación, una indignación por motivos que podemos considerar bien actuales: el trato dado a los inmigrantes, a los desvalidos (viudas y huérfanos), a los pequeños que confían en Dios y en su justicia, a los que necesitan dinero para vivir o a los que empeñan lo más necesario:

No maltratarás al forastero, ni le oprimirás, pues forasteros fuisteis vosotros en el país de Egipto. No vejarás a viuda ni a huérfano. Si le vejas y clama a mí, no dejaré de oír su clamor, se encenderá mi ira y os mataré a espada; vuestras mujeres quedarán viudas y vuestros hijos, huérfanos. Si prestas dinero a uno de mi pueblo, al pobre que habita contigo, no serás con él un usurero; no le exigiréis interés. Si tomas en prenda el manto de tu prójimo, se lo devolverás al ponerse el sol, porque con él se abriga; es el vestido de su cuerpo. ¿Sobre qué va a dormir, si no? Clamará a mí, y yo le oiré, porque soy compasivo (Ex 22,20-25).

2.4. CONTRA QUIÉN SE DIRIGE LA IRA DE DIOS

La ira de Dios puede dirigirse contra todos los que viven sin Dios, pero no castiga al hombre sin antes haberlo avisado, como vemos en el Libro del Deuteronomio:

Al Señor tu Dios respetarás, a él rendirás culto y por su nombre jurarás. No vayáis tras otros dioses, esos dioses de los pueblos que están a vuestro alrededor, porque la ira del Señor caería sobre ti como fuego y te borraría completamente de la faz de la tierra, pues el Señor tu Dios, que está en medio de ti, es un Dios celoso (Dt 6,13-15).

Son castigados los que no han querido escuchar:

Con cólera y con furor me vengaré de las naciones que no han obedecido (Mi 5,14).

y los que no viven de acuerdo con las normas divinas:

¡Ah, Señor! ¡vas a exterminar a todo el resto de Israel, derramando tu furor contra Jerusalén? Me dijo: La iniquidad de la casa de Israel y de Judá es muy grande, mucho; la tierra está llena de sangre, la ciudad colmada de perversidad. Pues dicen: El Señor ha abandonado la tierra, El Señor no ve nada. Pues bien, tampoco yo tendré una mirada de piedad ni perdonaré. Haré caer su conducta sobre su cabeza (Ez 9,8b-10).

2.5. LOS INSTRUMENTOS DE LA IRA DE DIOS

A menudo esta ira se manifiesta a través del castigo de la muerte. Recordemos, durante el éxodo, el pasaje de las codornices cuando, llenos de avaricia, llenaron, el que menos, diez sacos:

Y todavía tenían la carne entre los dientes, todavía la estaban masticando, cuando se encendió la ira del Señor contra el pueblo, y le hirió el Señor con una plaga muy grande. Se llamó a aquel lugar Quibrot-hat-Taavá, que significa “los sepulcros del apetito”, porque allí sepultaron a aquella gente golosa (Nm 11,33-34).

Y recordemos también las amenazas en caso de desobediencia tal como se describen en el Deuteronomio (Dt 28,15-26):

Pero si no obedeces a la voz del Señor tu Dios, y no cuidas de practicar todos sus mandamientos y sus preceptos, los que yo te prescribo hoy, te sobrevendrán y te alcanzarán todas las maldiciones siguientes (Dt 28,15).

Y sigue una lista larga concretando las amenazas: en la escasez de los frutos de la tierra, peste y otras enfermedades, sequía, derrotas, etc., y acaba con una maldición sobre los muertos, que no podrán descansar en paz:

Tu cadáver será pasto de todas las aves del cielo y de todas las bestias de la tierra sin que nadie las espante (Dt 28,26).

Esta lista todavía puede ampliarse con plagas, más enfermedades y epidemias, siempre, claro está, que el pueblo cumpla los mandamientos:

Si no cuidas de poner en práctica todas las palabras de esta Ley escritas en este libro, temiendo a ese nombre glorioso y temible, al Señor tu Dios, el Señor hará terribles tus plagas y las de tu descendencia: plagas grandes y duraderas, enfermedades perniciosas y tenaces. Hará caer de nuevo sobre ti aquellas epidemias de Egipto a las que tanto miedo tenías, y se pegarán a ti (Dt 28,58-60).

También habrá aflicciones personales:

Hirió el Señor al niño que había engendrado a David la mujer de Urías y enfermó gravemente. David suplicó a Dios por el niño; hizo David un ayuno riguroso y en casa pasaba la noche acostado en tierra. Los ancianos de su casa se esforzaban por levantarlo del suelo, pero él se negó y no quiso comer con ellos. El séptimo día murió el niño (2Sa 12,15-b-18a).

Y los pueblos extranjeros serán enviados por Dios contra Israel, a causa de la infidelidad del pueblo escogido:

¡Ay de Asiria, vara de mi cólera, que empuña el bastón de mi furor! La envió contra una nación impía, la mando contra el pueblo

objeto de mi cólera, para que lo saquee y lo expolie a placer, para que lo pisotee como el barro de las calles (Is 10,5-6).

Expresando el castigo con una cierta ironía:

Aquel día lo afeitará el Señor, con navaja alquilada allende el Éufrates, la cabeza y el pelo de sus partes, y rapará asimismo su barba (Is 7,20).

2.6. TAMBIÉN ISRAEL ES INSTRUMENTO DE LA IRA DE DIOS

Israel también puede ser instrumento de esta ira, ya que es el pueblo escogido, su heredad preferida:

Cuando el Señor tu Dios te haya introducido en la tierra donde vas a entrar para tomar posesión de ella, y haya arrojado delante de ti a naciones numerosas: los hititas, los guirgaseos, los amorreos, los cananeos, los perezos, los jiveos, los yebuseos, siete naciones más numerosas y poderosas que tú, cuando el Señor tu Dios te las entregue y las derrotas, las consagrarás al anatema. No harás alianza con ellas, no les tendrás compasión... Por el contrario, así haréis con ellos: demoleréis sus altares, romperéis sus estelas, cortaréis sus cipos y prenderéis fuego a sus ídolos. Porque tú eres un pueblo consagrado al Señor tu Dios; él te ha elegido a ti para que seas el pueblo de su propiedad personal entre todos los pueblos que hay sobre la haz de la tierra (Dt 7,1-2.5-6).

Una ira que se expresa con mucha violencia. Podemos verlo en la conquista de Jericó, después de dar siete vueltas a la ciudad:

La séptima vez, los sacerdotes tocaron la trompeta y Josué dijo al pueblo: ¡Lanzad el grito de guerra, porque el Señor os ha entregado la ciudad! La ciudad será consagrada como anatema al Señor con todo lo que hay en ella; únicamente Rajab, la ramera, quedará con vida, así como todos los que están con ella en su casa, por haber ocultado a los emisarios que enviamos (Js 6,16-17).

2.7. LA IRA DE DIOS NO DURA PARA SIEMPRE

La ira divina, sin embargo, no dura siempre. A menudo se habla del “momento” de la ira. Podemos verlo, por ejemplo, en el salmo 30:

Pues es pasajera su ira y eterna su bondad (Sl 30,6),

y también en Isaías:

Vete, pueblo mío, entra en tus cámaras y cierra tu puerta tras de ti, escóndete un instante hasta que pase la ira (Is 26,20).

Esto nos mostraría que detrás de la ira de Dios ya se vislumbra la misericordia como un anuncio de esperanza. Podemos verlo en el Segundo Libro de Samuel:

El ángel extendió la mano hacia Jerusalén para destruirla, pero el Señor se arrepintió del estrago y dijo al ángel que exterminaba el pueblo: ¡Basta ya! Retira tu mano (2Sa 24,16).

Y también en Isaías:

Hablad al corazón de Jerusalén, anunciadle a gritos que se acabó su servidumbre, que su culpa ha sido perdonada; que ha recibido de mano del Señor doble castigo por sus extravíos (Is 40,2).

El creyente puede alimentar esta esperanza cuando se humilla y se gira hacia Dios en actitud de penitencia y vuelve a aceptar la Alianza pactada. Veámoslo en el profeta Jonás:

Que se cubran de saco y clamen a Dios con fuerza; que cada uno se convierta de su mala conducta y de la violencia que hay en sus manos. ¿Quién sabe! Quizás vuelva Dios y se arrepienta, se vuelva del ardor de su cólera, y no pereceremos. Vio Dios lo que hacían, cómo se convirtieron de su mala conducta, y se arrepintió Dios del mal que había determinado hacerles, y no lo hizo (Jo 3,8-10).

Cuando esto ocurre, la ira divina ha alcanzado su propósito, que no es otro que la conversión del creyente:

Circuncidaos para el Señor y extirpad los prepucios de vuestros corazones, hombres de Judá y habitantes de Jerusalén; no sea que brote como fuego mi saña, y arda y no haya quien la apague, en vista de vuestras perversas acciones (Jr 4,4).

La ira de Dios es siempre temperada por la clemencia, especialmente en su relación con el pueblo escogido:

¿Cómo voy a dejarte, Efraím, cómo entregarte, Israel? ¿Voy a dejarte como a Admá, y hacerte semejante a Seboyim? Mi corazón se me revuelve dentro a la vez que mis entrañas se estremecen. No ejecutaré el ardor de mi cólera, no volveré a destruir a Efraím,

porque soy Dios, no hombre, en medio de ti yo el Santo, y no me gusta destruir (Os 11,8-9).

Y es que Dios tiene un corazón grande y calma su ira y pospone el castigo, como podremos ver cuando el profeta Amós pide a Dios que perdone al pueblo y no envíe la plaga de langostas:

Perdona por favor, Señor! ¿Cómo va a resistir Jacob, que es tan pequeño? Y se arrepintió el Señor de ello: No será, dijo el Señor (Am 7,2b-3).

Así se abre paso a la penitencia y a la conversión, a la purificación y a la amonestación. Leemos este fragmento del Libro de Job:

Me equivoqué y pervertí el derecho, pero no me ha pagado como merecía. Me ha librado de bajar a la fosa, mi existencia está abierta a la luz. Dios suele hacer todo esto una y mil veces al ser humano, para librar su vida de la fosa e inundarlo de la luz de la vida (Jb 33,27-30).

Así, solo la negativa a la conversión hace inevitable la ira de Dios y su castigo y remite al “día del Señor”, al día de la ira:

He aquí que el Día del Señor viene implacable, el arrebató, el ardor de su ira, a convertir la tierra en yermo y exterminar de ella a los pecadores. Pasaré revista al orbe por su malicia y a los malvados por su culpa (Is 13, 9.11).

San Pablo estaba convencido de que una de las razones principales por las que Israel no detuvo su declive moral se basaba en la reacción equivocada ante la tolerancia de Dios, que a menudo se abstenía de castigar a su pueblo en todo lo que merecía:

O, ¿desprecias, tal vez, sus riquezas de bondad, de paciencia y de longanimidad, sin reconocer que esa bondad de Dios te impulsa a la conversión? Por la dureza y la impenitencia de tu corazón vas atesorando contra ti cólera para el día de la cólera y de la revelación del justo juicio de Dios (Rm 2, 4-5).

La rebelión de Israel es tan persistente que es, inevitablemente, objeto de la ira de Dios:

Entre ellos vivíamos también todos nosotros en otro tiempo en medio de las concupiscencias de nuestra carne, siguiendo las apegancias de la carne y de los malos pensamientos, destinados por naturaleza, como los demás a la cólera (Ef 2,3).

Pero en el castigo de la culpa humana, la ira de Dios excluye la aniquilación de la creación, ya que Dios ama lo que ha creado. A pesar de estar indignado por la maldad de los hombres, tiene un corazón benevolente:

Y viendo el Señor que la maldad del ser humano crecía sin medida y que todos sus pensamientos tendían constantemente al mal, le pesó haber creado al ser humano sobre la tierra. Entonces, con dolor de corazón, dijo: Voy a borrar de la superficie de la tierra al ser humano que he creado, y también a los animales, reptiles y aves del cielo. ¡Cómo me arrepiento de haberlos creado! Pero el Señor se apiadó de Noé (Gn 6,5-8).

Una vez acabado el diluvio, su decisión a favor del hombre es definitiva:

Cuando el Señor aspiró el grato aroma se dijo: Aunque las intenciones del ser humano son perversas desde su juventud, nunca más volveré a maldecir la tierra por su culpa. Jamás volveré a destruir a todos los seres vivientes, como acabo de hacerlo. Mientras el mundo exista no han de faltar siembra y cosecha, frío y calor, verano e invierno, día y noche (Gn 8,21-22).

San Pablo nos ofreció la conclusión definitiva a este aspecto del ser de Dios:

Así pues, ¿supone alguna superioridad el ser judío? ¿Tiene alguna ventaja estar circuncidado? La ventaja es grande en todos los sentidos. En primer lugar, Dios confió sus promesas a los judíos. Sí, es cierto que algunos no creyeron; pero eso, ¿qué importa? ¿Acaso su falta de fe anulará la fidelidad de Dios? ¡De ningún modo! Dios es veraz aunque el ser humano sea mentiroso (Rm 3,1-4a).

Y es que Dios se mantiene fiel a pesar de que el pueblo no cumpla los términos de la Alianza. En el Libro de los Números lo encontramos muy bien expresado:

No es Dios un ser humano para que pueda mentir, ni es mortal para cambiar de opinión. ¿Dirá algo y no lo hará? ¿Prometerá y no lo cumplirá? (Nm 23,19).

2.8. LA IRA DE DIOS SALVA A ISRAEL

La ira de Dios es también un medio para liberar a Israel de la opresión a la que está sometida por sus enemigos. Lo vemos en el Primer Libro de Samuel:

Esto dice el Señor del universo: He decidido pedir cuentas a Amalec" por todo lo que le hizo a Israel, cerrándole el paso cuando subía de Egipto (1Sa 15,2).

Y también en el profeta Amós:

Esto es lo que dice el Señor: Son tantos los delitos de Damasco que no los dejaré sin castigo. Por haber triturado a Galaad empleando trillos de hierro, mandaré fuego a la casa de Jazael y devorará los palacios de Benadad; haré saltar el cerrojo de Damasco, aniquilaré al que habita en Bicat Avén y al que empuña el cetro en Bet Edén. El pueblo de Siria irá cautivo a Quir, dice el Señor (Am 1,3-5).

Pero esta ira contra las naciones se debe principalmente al hecho de que se oponen al designio divino sobre la historia, aunque la causa es, como hemos mencionado anteriormente, porque oprimen a Israel:

Por tanto, ataca a Amalec, consagra sin miramientos al exterminio todas sus pertenencias y mata hombres y mujeres, muchachos y bebés, vacas y ovejas, camellos y asnos (1Sa 15,3).

2.9. LIBRARSE DE LA IRA DE DIOS

Israel, consciente de sus infidelidades, sabe que merece la ira de Dios, pero apela a su amistad con él, para recordarle su bondad y, chantajeándolo un poco, impelirlo a evitar que digan de él que es un Dios con mala intención:

¿Van a poder decir los egipcios: Por malicia los ha sacado, para matarlos en las montañas y exterminarlos de la faz de la tierra? Abandona el ardor de tu cólera y renuncia a lanzar el mal contra tu pueblo (Ex 32,12).

Esta liberación también es una liberación personal, del propio pecado, como vemos en el libro de Job:

¿Y por qué no toleras mi delito y dejas pasar mi falta? (Jb 7, 21).

Y también en el salmo 79:

No esgrimas contra nosotros los pecados de antaño; que nos llegue pronto tu misericordia porque estamos exhaustos (Sl 79,8).

Y es desde la propia conciencia de miseria y de pecado que Israel, como pueblo, aprende que el arrepentimiento es la única forma de evitar la ira de Dios, la única forma de volver a Dios:

A ver si presentan sus súplicas al Señor, y se vuelven cada uno de su mal camino: porque grande es la ira y el furor que ha expresado el Señor contra este pueblo (Jr 36,7).

Y el profeta Amós, tal vez de forma no tan encendida, dice:

Detestad el mal y amad el bien; implantad el derecho en el tribunal y quizá el Señor, Dios del universo, tenga compasión del resto de José (Am 5,15).

El profeta Malaquías introduce en cambio del concepto de reconciliación, por el que el arrepentimiento es el primer paso para el reencuentro:

Desde los días de vuestros padres, venís apartándoos de mis preceptos y no los observáis. Volveos a mí y yo me volveré a vosotros, dice Yahveh Sebaot (Ml 3,7).

Y de este modo, poco a poco, Israel va aprendiendo que ha de depender únicamente del Señor, tal como nos expresa la plegaria de Moisés:

Muestra, pues, ahora tu poder, mi Señor, como prometiste diciendo: el Señor es tardo a la cólera y rico en bondad, tolera iniquidad y rebeldía; aunque nada deja sin castigo, castigando la iniquidad de los padres en los hijos hasta la tercera y cuarta generación. Perdona, pues, la iniquidad de este pueblo conforme a la grandeza de tu bondad, como has soportado a este pueblo desde Egipto hasta aquí (Nm 14, 17-19).

A pesar de esto los profetas tendrán que estar constantemente recordando al pueblo la Alianza hecha con el Señor.

3. LA INDIGNACIÓN DE JESÚS

La cólera de Jesús es un signo de su humanidad, a pesar de que nunca es un sentimiento totalmente humano. Su ira tiene el carácter de la indignación divina porque Jesús se indigna contra todo lo que desagrada a Dios. Ahuyenta con ira a Satanás en las tentaciones en el desierto:

Apartate, Satanás, porque está escrito: Al Señor tu Dios adorarás, y sólo a él darás culto (Mt 4, 10).

Y reprende a Pedro (¡dándole el nombre de Satanás!) porque Pedro quiere apartarlo de su proyecto, que es el proyecto de dios:

Quítate de mi vista, Satanás. Escándalo eres para mí, porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres (Mt 16,23).

Jesús también amenaza severamente a los demonios (*Cállate y sal de él*, Mc 1, 25), y planta cara al carácter demoníaco de los hombres y especialmente a las actitudes diabólicas de los fariseos cuando le acusan de curar, de hacer el bien, por el poder de Beelzebul:

Vuestro padre es el diablo e intentáis complacerle en sus deseos (Jn 8,44).

Raza de víboras, ¿Cómo podéis vosotros hablar cosas buenas siendo malos? (Mt 12, 34).

Esta es la ira del Señor que se indigna contra quienes se oponen a la voluntad divina, pero además Jesús se indigna contra aquellos a quienes cura y que prevé que desobedecerán acogiendo la curación con una fe superficial y milagrera:

Y se abrieron sus ojos. Jesús les ordenó severamente: “¡Mirad que nadie lo sepa!” Pero ellos, en cuanto salieron, divulgaron su fama por toda aquella comarca (Mt 9,30-31).

También se indigna con los discípulos por su falta de fe para curar al muchacho endemoniado:

Oh generación incrédula y perversa! ¿Hasta cuando estaré con vosotros? ¿Hasta cuando habré de soportaros? Traédmelo acá (Mt 17, 17).

Y se indigna con los que rechazan el Reino, tan a menudo comparado con un banquete en las parábolas, porque los invitados han despreciado su generosa invitación:

Regresó el siervo y se lo contó a su señor. Entonces, airado el dueño de la casa, dijo a su siervo: Sal en seguida a las plazas y calles de la ciudad, y haz entrar aquí a los pobres y lisiados, y ciegos y cojos (Lc 14, 21).

Bastante más violenta es la cólera con que es castigado el sirviente sin piedad que cambia la misericordia con la que él es tratado por una crueldad totalmente falta de misericordia:

¿No debías tú también compadecerte de tu compañero, del mismo modo que yo me compadecí de ti? Y encolerizado su señor, le entregó a los verdugos hasta que pagase todo lo que debía (Mt 18, 33-34).

Finalmente, Jesús manifiesta una ira tremenda contra las poblaciones que no han acogido la llamada al arrepentimiento:

Entonces se puso a maldecir a las ciudades en las que se habían realizado la mayoría de sus milagros, porque no se habían convertido (Mt 11,20).

3. 1. EL RECHAZO DEL AMOR DE DIOS

En el Nuevo Testamento, el motivo definitivo de la ira de Dios es el menosprecio de su bondad, de su paciencia, de su magnanimidad.

Esta causa es descrita por Jesús en la parábola de los invitados al banquete que encontramos en Lc 14,15-24 y en Mt 22,1-10, especialmente en el v. 21 de Lucas:

El dueño de la casa dijo a su siervo: Sal en seguida a las plazas y calles de la ciudad y haz entrar aquí a los pobres y lisiados, y ciegos y cojos.

En el v. 7 del texto de Mateo se transforma en un odio que llega a desembocar en muertes violentas:

Entonces el rey, airado, envió sus tropas, dio muerte a aquellos homicidas y prendió fuego a su ciudad.

En el Nuevo Testamento queda, por lo tanto, bien definida la causa de la ira divina: el amor de Dios es correspondido con desamor y su misericordia con una actitud de dureza hacia los hermanos. Menospreciar a Dios y no amar al hermano es una misma cosa, y además, quien no se convierte a Dios y al hermano se excluye a sí mismo de su misericordia. De este modo queda fijado el mandamiento que resume toda la enseñanza de Jesús. Podemos leerlo en Mc 12,28-31, o en Mateo:

Maestro, ¿Cuál es el mandamiento mayor de la Ley? El le dijo: Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el mayor y el primer mandamiento. El segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos penden toda la Ley y los Profetas (Mt 22,36-40)

Así, a partir de Jesucristo, quedamos libres de la indignación de Dios porque nos dejamos redimir por su misericordia. Veamos estos dos textos:

Yo os aseguro que el que acepta mi palabra y cree en el que me ha enviado, tiene vida eterna; no será condenado, sino que ha pasado ya de la muerte a la vida (Jn 5,24).

Porque no nos ha destinado Dios al castigo, sino a obtener la salvación por medio de nuestro Señor Jesucristo que murió por nosotros a fin de que, tanto en vida como en muerte, vivamos siempre con él (1Te 5,9-10).

O bien podemos mantener una actitud de rechazo del amor de Dios, de Jesucristo como Salvador, y quedar bajo la ira de Dios. Así lo encontramos en Mateo y en Juan:

Entonces dirá también a los de su izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el Diablo y sus ángeles (Mt 25,41).

El que cree en el Hijo, tiene vida eterna; pero quien no cree en él, no experimentará esa vida, sino que está bajo el peso de la ira de Dios (Jn 3,36).

3.2. MARCOS, EL PINTOR FIEL DE JESÚS

¿Qué es lo que provoca la indignación de Jesús? Estas ocasiones en las que Jesús se indigna se encuentran principalmente en el evangelio de Marcos, ya que Marcos no duda en decir que Jesús está fuertemente enfadado, indignado, una palabra rebajada de tono en Mateo y en Lucas. Hay que tener en cuenta que los evangelios no son, en sentido estricto, una biografía de Jesús, sino que expresarían más bien la fe de la comunidad cristiana del siglo primero, o, mejor dicho, de las comunidades cristianas en las que son escritos, con las aportaciones, claro está, de todos los testigos oculares, pero también de la experiencia posterior de los cristianos particulares y de las comunidades cristianas... y de la reflexión teológica que poco a poco se va haciendo. Por eso no deben extrañarnos los diferentes matices que nos aporta cada texto evangélico.

Me he centrado en tres textos del evangelio de Marcos, que tienen los correspondientes paralelos en los evangelios sinópticos. Recordemos que llamamos sinópticos a los evangelios de Mateo, de Marcos y de Lucas porque presentan pasajes y características muy parecidas entre sí. En el caso del pasaje de la purificación del templo también encontramos el paralelo en el evangelio de Juan. Creo que podría afirmar que Marcos, si es cierto que fue el primero de los evangelios canónicos en ser escrito (y así lo dicen los expertos), mantiene el frescor de la proximidad en el tiempo a Jesús, y el retrato que de él nos hace Marcos sería más próximo, real (como un cuadro de Caravaggio, cuyos contemporáneos le acusaban de pintar a los personajes demasiado reales... ¡incluso con los pies sucios!). ¡Lo pinta indignado! ¿Puedo decir... cabreado? Mientras Mateo y Lucas, como si hubieran sido unos pintores más académicos, o por razones de corrección política, parece que suavicen las formas para difuminar un perfil demasiado arisco y rudo.

Los tres pasajes que ahora contemplaremos son el pasaje de la curación en sábadó del hombre que tiene la mano paralizada (Mc 3,1-6), el fragmento en el que llevan unos niños a Jesús para que les imponga las manos (Mc 10,13-16), y finalmente el pasaje en el que Jesús purifica el templo expulsando a los vendedores, los cambistas y los que trapichean allí en medio (Mc 11,15-29). Respectivamente nos muestran, en primer lugar, la reacción airada, y la tristeza, de Jesús ante los que ponen la ley por delante de la misericordia, ante los que no han entendido el corazón compasivo de Dios. En segundo lugar, la indignación de Jesús contra los que quieren limitar o condicionar la pertenencia a la Iglesia, erigiéndose en guardianes de la puerta de acceso a las bendiciones del Señor. Y en tercer lugar la reacción de Jesús contra los que utilizan la religión y lo más santo de forma adulterada y banal, a favor de los propios intereses.

3.2.1. JESÚS, MIRÁNDOLES CON IRA, APENADO POR LA DUREZA DE SU CORAZÓN...

MARCOS 3, 1-6

1 Entró de nuevo en la sinagoga, y había allí un hombre que tenía la mano paralizada.

2 Estaban al acecho a ver si le curaba en sábadó para poder acusarle.

3 Dice al hombre que tenía la mano paralizada: Ponte ahí en medio.

4 Y les dice: ¿Es lícito en sábadó hacer el bien en vez del mal, salvar una vida en vez de destruirla? Pero ellos callaban.

5 Entonces, miránđoles con ira, apenado por la dureza de su corazón, dice al hombre: Extiende la mano. Él la extendió y quedó restablecida su mano.

6 En cuanto salieron los fariseos, se confabularon con los herodianos contra él para ver como eliminarle.

De este fragmento existen los paralelos de Mt 12,9-14 y Lc 6,6-11, pero en ellos no aparece el detalle que ahora nos interesa, sobre la indignación de Jesús, del v. 5: *Miránđoles con ira, apenado por la dureza de su corazón*. Esta indignación es provocada por el silencio de los fariseos (pero ellos callaban, v. 4). Los mira con ira ya que su postura es intolerable porque quieren evitar que salve la vida de aquel enfermo. Quieren servirse de Dios y de su mandamiento

de santificar el descanso del sábado (estaban al acecho a ver si le curaba en sábado para poder acusarle, v. 2), y así pervierten el día sagrado, convirtiendo a aquel enfermo en víctima de la ley religiosa. Marcos muestra la “pasión” de Jesús, que se implica de tal modo que muestra sus sentimientos más profundos. Esta ira de Jesús que los va mirando, indignado (v. 5^a), corresponde a la pasión del Dios de Israel que se indigna a causa del pecado del pueblo. Jesús expresa el mismo sentimiento indignándose a causa de los que utilizan la religión, eso es, a Dios, para oprimir a los pobres y los enfermos impidiéndoles tender la mano, recuperar su libertad y valerse por sí mismos.

Jesús muestra ira, indignación, pero también tristeza. Jesús manifiesta un dolor indignado que tiene una doble causa. Es la indignación de quien es misericordioso contra los legalistas que no quieren admitir la nueva vía que lleva a la salvación, es decir, la misericordia, y se dejan arrastrar a la impiedad, es más, a una aversión mortal contra él, y comienzan a hacer planes para matarlo (v. 6). Pero al mismo tiempo esta ira de Jesús es la del amor que quiere ganar incluso a los fariseos para el Reino de Dios, recibiendo de ellos, a cambio, tan sólo odio porque no se abren a la gracia, fiándose solo de la Ley. Así, en Jesús, a la cólera inicial se une la compasión hacia los que viven una religiosidad alejada de Dios. Se añade así un elemento nuevo: la tristeza del Señor. Se trata de la misma tristeza que Jesús muestra en su lamento por Jerusalén:

¡Jerusalén, Jerusalén, la que mata a los profetas y apedrea a los que le son enviados! ¡Cuántas veces he querido reunir a tus hijos, como una gallina reúne a sus pollos bajo las alas, y no habéis querido! (Mt 23, 37 y Lc 13, 34).

Tristeza por su obcecación, porque no responden a las expectativas de Dios. Tanto la reacción de ira e indignación, como la reacción de tristeza, nacen del amor. La ira de Jesús ha sido una reacción fruto de su amor a aquel pobre, el hombre de la mano paralizada, que además de soportar la enfermedad, es considerado pecador. Recordemos que la enfermedad en aquel mundo judío era considerada como un fruto del pecado:

Y le preguntaron sus discípulos: Rabbí, ¿quién pecó, él o sus padres, para que haya nacido ciego? (Jn 9, 2).

Indignación y tristeza. Sí, la tristeza de Jesús nace de su amor a los propios fariseos. La reacción de Jesús es, de entrada, no violenta, pero sí desafiante y valiente. Los fariseos, por su parte, al negarse a la curación del hombre le están robando la vida, ya que con la mano seca no puede desarrollar todas sus potencialidades. Jesús, por su parte, al curarlo está arriesgando su vida por él, ya que, inmediatamente, los fariseos, con los partidarios de Herodes, comienzan a hacer planes para matarlo:

En cuanto salieron los fariseos, se confabularon con los herodianos contra él para ver cómo eliminarle (v. 6)

Impresiona el ritmo de la acción. Sin esperar nada, *en cuanto salieron*, dice el texto, hacen planes para acabar con él.

La ira de Jesús es una respuesta a la dureza de corazón de los acusadores que son incapaces de compadecerse de él. Lo más importante para Jesús es el bien del hombre enfermo y por eso se indigna airadamente con los que ponen la ley (el sábado) por encima del bien de aquel hombre que tiene la mano paralizada. Ya hemos dicho que la ira de Jesús es una ira acompañada de tristeza y de pena por los fariseos, no solo porque su corazón endurecido los deshumaniza, sino también porque se limitan a observar y a juzgar y ponen su sábado, y no tanto a su Dios, por encima de la vida de los hombres. Podríamos preguntarnos: ¿es que no conocían a Dios? ¿Habían penetrado lo suficiente en su esencia para poder llegar a actuar sin compasión y a no alegrarse por la liberación de una persona postrada por la enfermedad? Tienen el corazón ciego, son gente que no miran con el corazón puro y limpio las necesidades de las personas. No es de extrañar que Jesús eleve a la categoría de bienaventuranza el hecho de tener un corazón limpio:

Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios (Mt 5, 8).

Esta ira de Jesús se convierte en salvadora porque a continuación actúa curando aquel hombre sin tener en cuenta la opinión de los fariseos. Al pedir al hombre que extienda su mano, después de haberle dicho que se pusiera en pie, lo libera.

La palabra “indignación” es una palabra fuerte, pero adecuada para expresar el sentimiento de Jesús en este pasaje. Como en el Dios del Antiguo Testamento, la ira de Jesús es un don, una cua-

lidad. Jesús se ha hecho carne y vive entre nosotros, y por tanto, revestido de cualidades humanas, entre ellas, la capacidad de indignarse. Pero más allá de estas cualidades, está revestido del juicio y de la gracia de Dios. Por eso, lo que indigna a Jesús es la deformación mental de los fariseos que ponen su tradición y su interés por encima de la humanidad, lo que les ciega para apreciar los valores humanos. Aquel hombre necesitado no significa nada para ellos: pasa por encima su rígida tradición, con la que ellos han identificado su propio interés. Ante esto Jesús se inflama de rabia. Jesús se indigna porque quiere que las instituciones, en este caso la institución del sábado, se pongan al servicio del hombre.

Creo que se puede afirmar que la indignación de Jesús está directamente en contra de cualquier privilegio o beneficio que pase por encima de las necesidades de los demás, de los más pobres. Cuando Jesús ve nuestros "valores", ¿se indigna con nosotros? La pregunta pertinente es si Jesús hoy se indignaría con nosotros, con nuestro mundo. La lista de motivos podría ser larga: gente sin techo durmiendo en la calle o en los cajeros de los bancos, desahuciados, inmigrados, desplazados, gente que pasa hambre o no tiene acceso a la cultura, o al agua... y que cada uno prolongue la lista en función de su sensibilidad. Y podríamos seguir preguntándonos si nos sentimos cómodos con nuestra acepción acrítica del sistema económico en el que el provecho es sagrado y en el que la gente es negligida y menospreciada. Y por fin, tal vez deberíamos preguntarnos: ¿Qué nos indigna, qué nos causa ira, qué nos encoleriza a nosotros? ¿Nos indigna lo que nos afecta personalmente? ¿O también nos indignan las injusticias que se comentan especialmente contra los más pobres en todos los sentidos? ¿Nos indignan también las injusticias que no nos afectan directamente?

El sábado, el *sábat*, para los judíos era, es, un signo de libertad. Recordaba el descanso de Dios en la creación, recordaba también la liberación de Egipto. Pero en la época de Jesús se había convertido en una institución opresiva con muchas prescripciones. Parece, sin embargo, que la gente sencilla, denominada despectivamente por los escribas "el pueblo de la tierra", si vivían lejos del control de Jerusalén no cumplían, ni mucho menos, todas las prescripciones que se les pretendía imponer. Así, el *sábat*, un día de liberación, se convierte en un día de opresión. Y aquel hombre que Jesús cura era una

víctima. Nosotros también podemos preguntarnos hoy por nuestros “sábats” no liberadores, especialmente cuando desde ciertas instituciones o instancias de la Iglesia o desde una fe poco centrada en Jesucristo se quiere bendecir un orden establecido que vendría a decir que si hay ricos y pobres, aunque sea simplificando, es porque Dios lo quiere, y que la riqueza es el mérito de unos y el demérito de otros. Por suerte entre nosotros han surgido profetas que siguiendo la estela de Jesús nos han recordado la dignidad de las personas. Joseph Cardijn, sin ir más lejos, que nos ha hecho tomar conciencia de que *Un joven trabajador vale más que todo el oro del mundo*.

Podemos acabar preguntándonos si nosotros, gente de ACO, también seguimos esta estela de liberación en la que el Señor Jesús nos va delante, si apoyamos las esperanzas de los más pobres, de los últimos de nuestra sociedad. Si apoyamos a los que ya trabajan en el mundo obrero para conseguir la dignidad de los hijos e hijas de dios y si presentamos, como Jesús, el rostro de un Dios compasivo y misericordioso que hace suyo el dolor de todos los que sufren.

**3.2.2. JESÚS SE INDIGNÓ Y LES DIJO:
DEJAD QUE LOS NIÑOS VENGAN A MÍ
MARCOS 10, 13-16**

13 Llevaron unos niños a Jesús para que los bendijese. Los discípulos reñían a quienes los llevaban;

14 pero Jesús, al verlo, se enojó y les dijo: Dejad que los niños vengan a mí y no se lo impidáis, porque el reino de Dios es para los que son como ellos.

15 Os aseguro que quien no reciba el reino de Dios como un niño, no entrará en él.

16 Y estrechaba a los niños entre sus brazos y los bendecía poniendo las manos sobre ellos.

En el fragmento paralelo, Mateo escribe simplemente:

Jesús les dijo: Dejad que los niños vengan a mí (Mt 19, 14a).

Y Lucas hace casi lo mismo:

Mas Jesús les llamó, diciendo: Dejad que los niños vengan a mí y no se lo impidáis (Lc 18,16a).

En general, ya lo hemos visto, Jesús se indigna cuando se produce una mala acción contra la gente, o cuando ve la ceguera humana que atenta contra la dignidad de las personas o contra su bienestar. Porque, ¿qué hay más digno que conocer a Jesucristo y experimentar la felicidad de este conocimiento? Y esto era lo que buscaban estos “algunos” que presentaban unos niños a Jesús. Conocer a Jesucristo lo es todo, dice un maestro espiritual del siglo XIX. Y san Pablo ya había dicho lo mismo de este modo:

Más aún, sigo pensando que todo es deleznable en comparación con lo sublime que es conocer a Cristo Jesús, mi Señor (Fl 3,8).

Jesús se indigna de forma airada, dice más de un biblista, porque sus discípulos quieren hacer de pantalla opaca entre él y quienes van a verlo, que son los pequeños, como los niños que son, pero también como los menospreciados. Y es que ya en los primeros años de la Iglesia la institución a menudo era una dificultad para poder acercarse a Jesucristo. También en nuestros días hay gente que vive la fe con dificultades a causa de los cristianos concretos que dan, damos, un mal testimonio, o a causa de la institución oficial de la Iglesia. Si nos despistamos, podríamos actuar como los discípulos que impiden el acercamiento de los pobres a Jesús.

Aquí, en el v. 14, Jesús está indignado contra sus propios discípulos a causa de la ceguera controladora, prepotente, autosuficiente y manipuladora, la que reparte certificados de autenticidad cristiana, que pretendía apartar a los niños de su bendición. ¡Porque los niños fueron llevados a recibir la bendición del Señor! Parece que los discípulos quieren evitar que la gente, que viene tal vez solo por superstición, o solo de vez en cuando, pueda tener acceso a Jesús. La reacción de Jesús es acoger a todos en una comunidad que no es una familia cerrada, sino abierta a todo tipo de personas. Podemos imaginarnos la escena con unas madres que, al saber que Jesús está allí, le llevan a sus hijos para que los bendiga (*presentaban a Jesús a unos niños para que les impusiera las manos*, v. 13). Pero los niños a veces molestan: lloran, se pelean, gritan, etc. Y molestan, quizás, a los adultos que quieren, que queremos, escuchar a Jesús con atención. Y los discípulos reprenden a los niños y a sus acompañantes, seguramente, como acabo de decir, sus madres, aunque el texto no lo explicita. Y es que estaban interrumpiendo el orden

de la comunidad. Niños y mujeres. Precisamente cuando parece bien testificado que fueron los niños y las mujeres quienes, con naturalidad, como quien explica lo que le llena y le hace feliz, comunicaban su fe en los primeros tiempos de la Iglesia, sin grandes prédicas, siendo así los evangelizadores naturales de su entorno.

Seguramente ya en los primeros días de la Iglesia algunos vivían una espiritualidad obtusa que pretendía bloquear la acción salvífica de Jesús que se ofrece a todos, y especialmente a aquellos que no contaban, como los niños. Y el evangelista Marcos recoge este hecho. Los más cercanos a Jesús querían impedir y poner trabas a los caminos de Jesús. Y Jesús se indigna:

Los discípulos reñían a quienes los llevaban; pero Jesús, al verlo, se enojó (vv 13b-14a).

¡Jesús! Él, que nunca se indignó con motivo de los agravios o afrentas personales. Recordemos cómo ni en la flagelación ni en la crucifixión abrió la boca para reprender o insultar a nadie. Lo único que dice sobre sus ejecutores es:

Padre, perdónales porque no saben lo que hacen (Lc 23, 34).

Pues sí, este Jesús manso en lo personal, critica a sus discípulos que quieren impedir el acercamiento de los niños. Y es que la Iglesia es para todos. Y es que tal vez los que habían convivido con el Señor, los cristianos de primera hora, pensaban tener más derechos que los cristianos de última hora, como vemos en la parábola de los trabajadores de la viña que encontramos en el capítulo 20 de Mateo y que acaba con esta lección:

Si yo quiero pagar a este que llegó a última hora lo mismo que a ti, ¿no puedo hacer con lo mío lo que quiera? ¿O es que mi generosidad va a provocar tu envidia? (Mt 20,14b-15).

Seguramente los discípulos todavía no habían acabado de entender qué “tipo” de Mesías era el Señor Jesús y estaban demasiado pagados de sí mismos, conscientes de su poder, al sentirse como la guardia de corps, la guardia pretoriana, de Jesús. Y sí, pensando en ellos, y pensando también en nosotros, no fuera que estuviéramos cometiendo su mismo pecado, podríamos recordar las palabras de Jesús:

¡Ay de vosotros, doctores de la ley, que os habéis apoderado de la llave de la puerta del conocimiento! Ni entráis vosotros ni dejáis entrar a los demás (Lc 11,52).

Sí, los discípulos piensan que Jesús no puede perder su tiempo y su prestigio atendiendo a los niños, los últimos, los pobres, ya que esta sería una tarea poco digna, propia de mujeres. Y Jesús no puede permitir la exclusión de los pequeños. Y la Iglesia tampoco debe permitirlo, porque su misión es precisamente la de ser una casa abierta para acoger a los pequeños. Aunque no lo sepamos hacer, o no nos salga bien del todo.

Jesús, al ver aquello, se indignó:

Jesús, al verlo, se enojó y les dijo: Dejad que los niños vengan a mí y no se lo impidáis (v 14).

Jesús no riñe ni a los niños ni a sus acompañantes. Al contrario, Jesús reivindica que los niños son signo del Reino. Y por tanto, la Iglesia no es de unos pocos elegidos que escuchan a Jesús con gusto, sino un hogar abierto a todos, como acabamos de decir, y en especial a los niños, a los más indefensos. Jesús, por lo tanto, se opone al tipo de comunidad sectaria que sus discípulos quieren hacer, al margen de los débiles e incluso contra ellos. En la secta cuesta entrar, dicen los que trabajan estos temas, pero de la secta cuesta salir. Podemos comprobarlo también en la actualidad en algunas entidades católicas. En cambio, la Iglesia es para todos, es abierta, y sus hijos e hijas entran y salen como los hijos que se van de casa y tienen siempre la puerta abierta para el retorno. Jesús se opone a una Iglesia que impide la entrada a los niños y que impide que el Reino se haga presente en ellos.

A nosotros nos indigna todo lo que hacen contra nosotros, ya sea de palabra, o con hechos bien reales. En cambio a menudo pasa que no nos indignan las injusticias contra los demás, personas más o menos cercanas a nosotros, o las injusticias flagrantes contra los derechos humanos, que claman al cielo, y que ni nos perturban. Teniendo en cuenta la indignación de Jesús contra los discípulos porque no saben apreciar el valor de un niño, imaginemos qué diría Jesús sobre el trato que reciben nuestros niños; todo lo que, viniendo de nosotros o del conjunto de la sociedad, les hace daño, les hace individualistas, les mantiene en la pobreza más absoluta, tanto si es económica, como moral, como educativa, como social,

como religiosa. Nuestros niños tienen derecho a desarrollar todas sus potencialidades, y especialmente tienen derecho a Jesucristo. Y precisamente porque tienen derecho a Jesucristo, nosotros, cristianos, se lo habríamos de dar. De ahí la importancia de la educación en la fe de nuestros propios hijos, de la acogida de los niños y niñas y de sus familias cuando vienen a las parroquias pidiendo la primera comunión, o el bautismo, o el refuerzo escolar, o el esplai, o el MIJAC, etc. Jesús, siempre tan atento a mirar en profundidad las personas, conocía muy bien sus intenciones, pero no rechazaba a nadie, excepto a los que no acogían el don de Dios.

Es cierto que Jesús tenía unos discípulos más cercanos, los apóstoles, pero con él iban muchos discípulos con diferentes grados de proximidad y de compromiso. También estaban las mujeres que lo seguían por diferentes motivos y otras que lo ayudaban con sus bienes. Así nos lo cuenta Lucas:

Le acompañaban los doce, y algunas mujeres que habían sido curadas de espíritus malignos y enfermedades: María, llamada Magdalena, de la que habían salido siete demonios, Juana, mujer de Cusa, un administrador de Herodes, Susana, y otras muchas que les servían con sus bienes (Lc 8,1c-3).

Y también estaban los que salían a recibirle cuando pasaba, o los que lo seguían temporalmente, o los que querían seguirle después de ser curados y Jesús no los quiere con él, porque prefiere que se queden en casa para anunciar lo que el Señor les había hecho, como el endemoniado de Gerasa:

Al subir a la barca el que había estado endemoniado le pedía estar con él. Pero no se le concedió, sino que le dijo: Vete a tu casa, donde los tuyos, y cuéntales lo que el Señor ha hecho contigo y que ha tenido compasión de ti. El se fue y empezó a proclamar por la Decápolis todo lo que Jesús había hecho con él, y todos quedaron maravillados (Mc 5, 18-20).

Y, sí, también los aprovechados, pero tampoco a estos Jesús les echa, aunque es bien consciente del motivo por el que ahora están con él, y se lo dice bien claramente:

En verdad, en verdad os digo: vosotros me buscáis, no porque habéis visto señales, sino porque habéis comido de los panes y os habéis saciado (Jn 6,26).

Si Jesús acepta incluso a los aprovechados, nosotros no podemos ponerles condiciones. Jesús sigue invitándonos cada día a dejar que los niños vayan a él, y a no ser ni contrat testimonio ni piedra de escándalo para los niños y la gente sencilla, para los pequeños, en palabras de Mateo, es decir, los miembros más pobres y desvalidos de la comunidad. Podemos leer el texto de Mateo (Mt 18,6-14) y el paralelo de Marcos (Mc 9,42-48), y también Lucas (Lc 17,1-2). Y es que los pequeños son los preferidos del Padre del cielo.

De la misma manera, no es voluntad de vuestro Padre celestial que se pierda uno solo de estos pequeños (Mt 18, 14).

3.2.3 MI CASA SERÁ LLAMADA "CASA DE ORACIÓN PARA TODAS LAS GENTES" MARCOS 11, 15-19

15 Llegaron a Jerusalén y, entrando en el Templo, Jesús se puso a expulsar a los que allí estaban vendiendo y comprando. Volcó las mesas de los cambistas de moneda y los puestos de los vendedores de palomas, 16 y no permitía que nadie anduviera por el Templo llevando objetos de un lado a otro.

17 Y los instruía increpándolos: ¿Acaso no dicen las Escrituras que mi casa ha de ser casa de oración para todas las naciones? Pero vosotros la habéis convertido en una cueva de ladrones.

18 Oyeron estas palabras los jefes de los sacerdotes y los maestros de la ley, y comenzaron a buscar la manera de matar a Jesús. Aunque le tenían miedo, porque toda la gente estaba pendiente de su enseñanza.

19 Al llegar la noche, Jesús y sus discípulos salieron de la ciudad.

Resulta muy curioso, o tal vez no, que en el evangelio de Marcos el fragmento de la purificación del templo esté colocado entre los dos fragmentos de la higuera que no da fruto. Jesús maldice la higuera: 11,12-14; purificación del templo; 11,15-17; la higuera ya está seca: 11,18-26. Además, ni Lucas ni Juan tienen este fragmento de la higuera, y Mateo sí que lo tiene (Mt 21,18-19), solo refiere el momento en el que Jesús maldice la higuera, y además, lo coloca después de la purificación del templo (Mt 21,12-17), y no antes, como Marcos. Y es que aquella higuera (¿el templo? ¿El pueblo de Israel?) solo ofrece hojas, y no frutos. Por eso hay que purificar el templo, podarlo, o hacerlo desaparecer, incluso, porque es inútil

y ya no sirve para la función para la que ha sido creado. Porque Jesús siente el templo como su propia casa.

Para los judíos el templo es un centro religioso, signo de la presencia de Dios en medio de su pueblo. Se ofrecen sacrificios, se reza de forma regular a ciertas horas y los fieles acuden a él en peregrinación en las grandes fiestas. El templo es también un centro político: situado en la capital, Jerusalén, allí tiene su sede el Sanedrín y en el ángulo noroeste Herodes había hecho construir una fortaleza que albergaba una guarnición romana. Además, el templo es un centro económico, ya que allí están todos los que llevan a cabo algún servicio: sacerdotes, levitas, cantores, porteros...que aseguran el mantenimiento y la policía. Hay obreros para las obras permanentes comenzadas por Herodes el Grande, 19 años antes de Jesús, que no finalizan hasta 64 años dC, dos años antes de que comience la guerra judía, el año 66, la cual acaba con la destrucción del templo, después del asedio que duró de marzo a septiembre del año 70. En el templo también hay el comercio de la venta de animales necesarios para las ofrendas y los sacrificios. El templo tiene ingresos importantes, ya que aparte de las donaciones, todos los judíos pagaban un impuesto anual, incluso los que vivían en el extranjero. De ahí la presencia de cambistas para permitir el pago de este impuesto con la moneda aceptada en el templo, como veremos más adelante.

Jesús purifica el templo no solo de la profanación por parte de los vendedores, compradores y cambistas, sino también de la profanación de los que trapicheaban en la explanada del templo, en el patio de los gentiles, de los paganos, es decir, de los no judíos. Este era el patio más externo del templo. No se trata por tanto de los patios interiores donde solo podían entrar los judíos varones y los sacerdotes. En este patio exterior es donde hay el tránsito de todo lo necesario para el funcionamiento del culto: vasos sagrados, incensarios, madera para el fuego de los sacrificios, recipientes de agua, vestidos para las ceremonias, etc. Además de estar contra los cambistas, Jesús también está contra esta clase de templo y de culto. Él quiere una casa de oración para todos los pueblos. Los versos paralelos de Mateo, Lucas y Juan omiten este hecho: el uso manipulado del templo, su banalización. Es decir, la gente usaba el templo como un lugar de paso, como un atajo, para no tener que rodearlo, ahorrar tiempo, y no tener que dar un gran rodeo.

Los vendedores y cambistas, por su parte, facilitaban las cosas a los que asistían al culto y tenían que hacer alguna ofrenda. Así, sería lícito preguntarse cómo se podía rezar allí dentro en el atrio de los gentiles, con todo aquel jaleo. Incluso admitiendo que hay formas de oración que pueden no requerir silencio... pero sí, al menos, concentración en lo que se está haciendo, aunque sea de forma rutinaria. Sí, un jaleo provocado por la concentración de animales (que seguro que no guardaban silencio=, por el olor de los animales y el hedor de sus vísceras. Quizás por eso Jesús dice: Mi templo será llamado "casa de oración" (v. 17), porque aquel alboroto no invitaba precisamente a rezar, no hacía del templo una casa de oración. En el fondo, Jesús se indigna y protesta a causa de la secularización, de la banalización y la comercialización del templo, de la casa de oración. Jesús, aunque respeta el templo, porque es un judío piadoso y va a rezar allí, se identifica con la frase del salmo en el sentido de que un corazón humillado es más valioso que todas las ofrendas. En el salmo 51 encontramos esta actitud:

Mi sacrificio es un espíritu quebrantado; un corazón quebrantado y humillado, tú no lo desprecias (Sl 51,19).

No se necesitan otras ofrendas. En el Libro de Daniel Griego encontramos que el hecho de no tener templo es una ventaja para una vida auténticamente religiosa:

No tenemos príncipe, estamos sin jefes ni profetas; no hay holocausto ni sacrificio, no hay ofrenda ni incienso, ni un lugar donde ofrecerte los primeros frutos para alcanzar tu misericordia. Pero venimos a ti con el corazón triste y el espíritu humillado. Acéptanos como un holocausto de carneros, de toros y de miles de corderos cebados. Acepta hoy con agrado nuestro sacrificio y haz que vayamos contigo hasta el fin, porque no serán defraudados los que en ti confían (Dngr 3,38-40).

Opinión reforzada en el evangelio de Marcos:

Le dijo el escriba: Muy bien, Maestro; tienes razón al decir que Dios es único y que no hay otro fuera de ÉL, y amarle con todo el corazón, con toda la inteligencia y con todas las fuerzas, y amar al prójimo como a sí mismo vale más que todos los holocaustos y sacrificios (Mc 12, 32-33).

Curiosamente, de nuevo es Marcos el único en añadir el pequeño detalle de que amar a Dios y a los demás como a sí mismo vale más que todos los holocaustos y sacrificios. En Mateo y Lucas, ni rastro de alusión a que el amor valga más que los holocaustos y sacrificios. La misma idea queda expresada de otra forma en el pasaje de la samaritana que encontramos en Juan:

Jesús le contesta: Créeme, mujer, está llegando el momento en que para dar culto al Padre, no tendréis que subir a este monte ni ir a Jerusalén. Vosotros los samaritanos rendís culto a algo que desconocéis; nosotros sí lo conocemos, ya que la salvación viene de los judíos. Está llegando el momento, mejor dicho, ha llegado ya, en que los verdaderos adoradores rendirán culto al Padre en espíritu y en verdad, porque estos son los adoradores que el Padre quiere (Jn 4,21-23).

Esta idea, la nueva forma de adoración, ya ha sido avanzada, en cierto modo, en el texto de Juan sobre la purificación del templo (Jn 2,13-22), y de forma bien nueva: Jesús mismo es el templo. Ante el gesto expeditivo de Jesús, insólito y totalmente incomprendido, los judíos le cuestionan:

¿Qué señal nos muestras para obrar así? (v. 18).

La respuesta, claramente pascual, se refiere a los tres días que Jesús pasa en el sepulcro: después de la muerte vendrá la resurrección, después de que se destruya mi cuerpo, el auténtico santuario, resucitaré:

Destruid este Santuario y en tres días lo levantaré... Pero él hablaba del Santuario de su cuerpo (Jn 2, 19-21).

La purificación que lleva a cabo Jesús es una protesta vigorosa y vehemente (vuelca las mesas, no permite que nadie haga intercambios) expresada en una acción directa contra el uso del templo para cosas diferentes de la oración, la adoración y el culto. El evangelio de Juan aporta el detalle de la dispersión de los animales como una acción punitiva de Jesús, que se sirve de un látigo con cuerdas para echarlos:

Haciendo un látigo con cuerdas, echó a todos fuera del Templo, con las ovejas y los bueyes; desparramó el dinero de los cambistas y les volcó las mesas (Jn 2, 15).

No olvidemos, y es muy importante, que el judaísmo era una religión vinculada al templo y por eso esta acción de Jesús es una denuncia en toda regla de la prostitución de la religión, que estaba siendo utilizada como un negocio, para extraer provecho y beneficios de ella. Y es que para Jesús el culto es una experiencia tan grande y plena, que el uso de los patios del templo de forma utilitarista, o bien ocasional (simplemente para acortar el camino y ganar tiempo) es intolerable. El templo era un mercado y también un matadero: recordemos que en el templo cada día se ofrecían dos holocaustos, uno por la mañana y otro al atardecer, por todo el pueblo de Israel. Se cambia dinero por ofrendas, se venden y compran animales para los sacrificios, se transportan herramientas. Todo lo contrario de lo que había que hacer. Jesús, por lo tanto, condena el uso instrumental de la religión, un uso tan común en su tiempo, como hoy, como siempre, y eso nos lleva a pensar que no siempre tratamos la religión, o el hecho religioso, como lo que es. Muy a menudo, tal vez demasiado a menudo, la religión se convierte en una forma de huida de las preocupaciones, o en una gratificación estética, o en una forma de adquirir respetabilidad, o una manera de obtener una posición social, o una satisfacción emocional. Muchas cosas. Y a veces también es como un apéndice de un sistema económico o del orden político establecido. Recordemos cómo en los siglos XVI y XVII, en Europa, durante la Reforma Protestante, regía la máxima política: *Cuius regio, eius religio* (a tal rey, tal religión), que venía a utilizar la religión para garantizar y facilitar la unidad política de un reino, de un estado.

Hemos dicho que en el templo había cambistas. En el patio exterior del templo se cambiaba la moneda que la gente traía por el siclo (shekel) de Tiro, ciudad del sur del Líbano, la moneda fuerte de la época, pero que no podía ser introducida en el templo porque llevaba la imagen de Melkart, divinidad fenicia venerada en Tiro y en Cartago, asimilada a Hércules. Posteriormente, en el templo se cambiaba el siclo de Tiro por la moneda propia del templo, que no llevaba imágenes ni signos paganos, y que era la única aceptada en el interior del templo. De esta manera, el templo venía a funcionar como un banco, y Jesús también quería erradicar este sistema a la vez económico y sagrado. Recordaremos que en el evangelio de Lucas se nos dice que los padres de Jesús ofrecieron un par de

tórtolas para la purificación de la madre de Jesús según indicaba la Ley:

Ofrecer en sacrificio un par de tórtolas o dos pichones, conforme a lo que se dice en la Ley del Señor (Lc 2, 24).

Jesús, como veremos, volcó las mesas de los cambistas y los puestos de los vendedores de pichones (v.15b), no permitiendo tan solo ni el sacrificio de los pichones, la ofrenda de la gente más pobre:

Si no tiene medios suficientes para ofrecer un cordero, traerá dos tórtolas o dos pichones: ofrecerá uno como holocausto y el otro como ofrenda de purificación. El sacerdote hará el rito de expiación por ella y quedará purificada (Lv 12,8).

Jesús, citando a Isaías, habla de una casa de oración para todos los pueblos:

Sus holocaustos y sus sacrificios serán bien recibidos en mi altar, pues mi Templo es casa de oración, así lo llamarán todos los pueblos (Is 56,7b).

Por tanto, Dios, y en consecuencia también el templo, no es para el uso privado del judaísmo, no es un lugar sagrado particular. Sintiendo como siente el templo como su casa, Jesús lo abre a todos los pueblos, seguramente porque se dirige a unos creyentes de origen judío, nada inclinados a aceptar que el templo pudiera ser para todos:

Y les dijo: Está escrito: Mi casa será llamada Casa de oración. ¡Pero vosotros estáis haciendo de ella una cueva de bandidos! (Mt 21, 13).

En cambio, Marcos, que según la tradición escribe el evangelio en Roma y para unos creyentes de mayoría no judía, insiste en que el templo es para todos para que sus lectores se sientan reconocidos. Sea como sea, la acusación de Jesús sigue remachando el clavo de su indignación con unas palabras durísimas que toma del profeta Jeremías:

¿Pensáis que es una cueva de bandidos este Templo que lleva mi nombre? (Jr 7,11).

Jeremías, por orden del Señor, reprocha al pueblo de Judá que se llena la boca con el nombre del templo:

No confiéis en las mentiras de quienes dicen: Este es el Templo del Señor, el Templo del Señor, el Templo del Señor (Jr 7,4).

Y en cambio oprime a los inmigrantes, a los huérfanos y a las viudas, y además roban matan, cometen adulterio y juran en falso. Sí, y después de hacer todo esto, dice el Señor:

¿Y venís después a poneros ante mí, en este Templo que lleva mi nombre, diciendo “Estamos a salvo”, para seguir cometiendo todas esas abominaciones? (Jr 7,10).

Sí, han convertido el templo en una cueva de ladrones, el lugar donde los ladrones guardan lo que han robado, donde se esconden los ladrones para no ser encontrados, y haciendo esto han convertido el lugar santo en un lugar donde queda sacralizado el robo, el comercio de las cosas santas. Jesús, con su radicalidad pone en cuestión a los que negocian y se enriquecen a costa del templo, tanto si son particulares, como la propia institución del Templo, el Banco Central de Israel, *avant la lettre*. Hay que señalar que los tres evangelios sinópticos dejan bien clara la contraposición entre casa de oración y cueva de ladrones.

La destrucción del templo marcó a los cristianos que siguieron yendo a rezar en él. También marcó a los cristianos de Roma que fueron testigos del triunfo de Tito, el general vencedor y destructor del templo. Estos cristianos romanos habían visto la comitiva de los prisioneros de guerra y de los objetos de valor traídos desde Israel, entre ellos los objetos del templo, y principalmente el candelabro de siete brazos, del que queda constancia, y todavía puede verse, en el bajorrelieve de la parte inferior del arco de Tito en el Foro romano, en Roma. Este hecho llevó a los cristianos a profundizar su fe, ya que ahora el signo de la presencia de Dios ya no será un edificio de piedras, sino *alguien*, *Cristo resucitado*, a quien no se puede encerrar entre las piedras de un templo. Pero la tentación de encerrar a Dios en un templo, o de limitarlo, o de pensar que justifica nuestros proyectos, o nuestras entidades, cristianísimas, por supuesto... podría ser constante. Sí, *apropiarnos* de un Cristo a quien nos sentimos tentados de hacer decir lo que nos interesa en nuestras revisiones de vida para no tener que cambiar nuestros puntos de partida. La llamada, por tanto, será siempre la de abrir-

nos constantemente al dinamismo del Espíritu de Dios que quiere hacer nuevas todas las cosas, en nosotros y en quienes nos rodean.

3. CONCLUSIÓN

Nosotros creemos que en Jesús nos ha sido revelada, de forma única, perfecta, la naturaleza de Dios, porque *la prueba que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros* (Rm 5,8). La predilección de este Jesús por los pobres y por los pecadores, y aún mas, por los pecadores públicos, lo sitúa contra el orden social y el poder económico y contra el poder religioso. Sus proféticos “¡Ay de vosotros!”, que encontramos en las bienaventuranzas-malaventuranzas de Lucas (Lc 6,24-26) y su acusación de que el templo se ha convertido en una cueva de ladrones, que encontramos en Marcos (Mc 11,17), son una muestra y manifiestan cuáles son las preferencias de Dios. La ira de Dios, en Jesús, no castiga a los pecadores, de los cuales Jesús se manifiesta como amigo y come con ellos, en un banquete del que tantas veces ha hablado como parábola del Reino. Jesús no se indigna con ellos, ciertamente, pero les invita a la conversión:

Tampoco yo te condeno, vete, y en adelante no peques más (Jn 8,11).

Dios desea que su pueblo se convierta, pero la conversión no es la condición de su amor, sino que es su amor el que posibilita la conversión. Esta misericordia de Dios es incondicional... pero no es ciega. Es plenamente consciente y activa, y san Pablo nos lo recuerda de forma muy clara:

Si le negamos, también él nos negará; si somos infieles, él permanece fiel, pues no puede negarse a sí mismo (2Tm 2, 12c-13).

No, Jesús no puede negarse a sí mismo!

Números publicados en esta colección

- 01 **La autenticidad militante** - Teodor Suau
- 02 **Jesucristo hace posible el hombre y la mujer nuevos y los impulsa al compromiso** - Xosé A. Miguélez
- 03 **El estudio de evangelio** - Florenci Costa
- 04 **La revisión de vida** - Josep Soler Llopart
- 05 **La evangelización** - Julio Lois
- 06 **Ser responsable en ACO** - Comisión de Formación
- 07 **Acoger a la persona en su dignidad de hija de Dios** - Oriol Xirinachs y grupos de revisión de vida de ACO
- 08 **Leer los evangelios hoy** - Agustí Borrell
- 09 **Ser militante hoy** - Autores diversos
- 10 **50 años: la experiencia actual de ACO** - Dieciocho testimonios
- 11 **El retrato del movimiento. Reflexiones a raíz de la encuesta realizada a los militantes de ACO**
- 12 **Ser consiliario o consiliaria en ACO** - Comisión de consiliarios
- 13 **Viven en Dios. Recuerdo de nuestros difuntos** - Autores diversos
- 14 **El evangelio de Marcos. El camino del discípulo de Jesús** - Josep M. Soteras
- 15 **En qué creemos** - Josep Lligadas
- 16 **Niños y niñas: abrir puertas y preparar caminos** - Jaume Gubert
- 17 **La política, para el bien de todos** - Autores diversos
- 18 **Hacer revisión de vida en ACO** - Oriol Garreta
- 19 **Militancia sociopolítica y espiritualidad** - Jesús Renau
- 20 **Notas sobre la crisis económica** - Josep M. Bricall
- 21 **Pablo, el apóstol de Jesucristo** - Jordi Latorre
- 22 **La opción por los pobres** - Florenci Costa y ocho testimonios
- 23 **Los libros bíblicos de los profetas** - Joan Ramon Marín
- 24 **La indignación de Jesús** - Josep Jiménez Montejo